

ce debajo de Dios ninguna cosa que pueda igualarse á ti. Te presento los mas dulces sentimientos de tus amados hijos, que te veneran como la maravilla de las madres y la madre de las maravillas. Asi di con mas seguridad que la madre de Noé (1) que Dios te ha dado un hijo que nos consolará entre los afanes y fatigas del cultivo de esta tierra maldita. Di con mas verdad que Sara (2) que el Señor te ha dado un Isaac, es decir, un objeto de regocijo, y que todo el que le oiga, se regocijará contigo. Di con mas justicia que Lia (3) que Dios ha mirado tu humildad y que ahora el Espiritu Santo tu esposo redoblará su cariño para contigo. Di mas merecidamente que Zelfa (4) que todas las mujeres te llamarán bienaventurada. Di mas dichosa que Raquel (5) que Dios ha quitado el oprobio de tu esterilidad. Di mas misteriosamente que José y su mujer Asenet (6) que Dios te ha hecho prosperar en la tierra de tu pobreza. Di mas ventajosamente que todas las otras que Dios ha obrado en tí cosas grandisimas, porque así como tu hijo se aventaja infinitamente á todos los hijos del mundo, así tú sobrepajas incomparablemente á todas las madres de la tierra.

§. II.—Del poder especial de la madre de Dios sobre nuestro Señor Jesucristo su muy venerado hijo.

I. Es singular la industria de la humildad, que encuentra los honores cuando huye de ellos, brilla á medida que quiere oscurecerse, y cuanto mas apetece la bajeza, mas se ve ensalzada. Se esconde, y es buscada: su gusto es ser ignorada, y es llevada en alas de la fama:

(1) Genes. V.

(2) Ibidem XXI.

(3) Ibidem XXIX.

(4) Ibidem XXX.

(5) Ibidem.

(6) Ibidem XLI.

su ambicion es servir, y por fuerza la sientan en alto trono. ¿Qué se ha de hacer? Esto es lo que pasa en la corte de Dios. Figurémonos á la virgen santa María, ese modelo singular de humildad, retirada en su pobre aposento. Considerando su nada se pone á los pies de todas las criaturas y se juzga enteramente indigna de las gracias y mercedes mas pequeñas de Dios; pero ve aqui que viene á hacerle la corte uno de los primeros principes del cielo. Ella se confunde, y él redobla sus honores diciéndole en sustancia que todo lo que está debajo de Dios, está al mismo tiempo debajo de ella. María aun mas turbada que antes busca algun rincón para ocultar su vergüenza: el ángel añade que el monarca del cielo y de la tierra está con ella, y ella se postra para adorarle como una sierva: él le dice que es escogida para madre del rey de los reyes, y ella se llena de confusion; pero no por eso deja el ángel de intimar de parte del padre eterno á la humilde Virgen que debe de tener poder sobre su hijo. Dios de verdad, ¿cómo se quedaria al oír estas palabras la criatura mas humilde de todas las nacidas? Sin duda el ángel tuvo compasion de ella y miramiento á su pudor que se veía ya en un aprieto.

II. De esto nos admirariamos mucho mas, si tuviéramos el conocimiento que ella tenia de tal prerogativa, y si pudiéramos comprender lo que es tener poder sobre el hijo de Dios, porque sería un error persuadirse que se trata aqui de la influencia ó poder que un amigo tiene sobre su amigo ó un valido sobre su príncipe. Admiramos justamente el poder que Moisés habia adquirido sobre el mismo Dios, cuando este bondadoso Señor le pedía permiso para castigar á su pueblo y le decia que no se opusiera á ello (1). Nos quedamos atónitos cuando lee-

(1) Exod. XXXII.

mos que Josué mandaba al sol como si fuera Dios, y que Dios no tenía ningún reparo en obedecer á la voz de su siervo (1). Tenemos por un obsequio extraordinario lo que dice David de los buenos siervos de Dios (2); á saber, que hará la voluntad de los que le temen; y cuando lo vemos puntualmente cumplido en la historia de los santos y leemos la admirable condescendencia de Dios para con ellos, el temor que tiene de contristarlos en nada, la prontitud con que les concede todo cuanto desean, los raptos por decirlo así de su amor y los testimonios que les da, nos quedamos con la reina de Sabá sin conocimiento y sin sentido. Y sin embargo no es este el poder de que presumo hablar aquí, porque aunque en efecto excede á lo que pueden pensar los ángeles y los hombres, hay que confesar que en tal caso se obliga Dios mismo, y que no teniendo límites su bondad, se sirve de pagar así las más leves acciones de sus siervos y recompensar con un corazón verdaderamente regio ó por mejor decir divino el menor esfuerzo que hacen para amarle con todas sus fuerzas y entregarse á su voluntad. Por lo demás acuérdense de caminar con rectitud y de tener siempre presente que esas gracias son gratuitas y pueden perderse en un instante. Dios mismo lo da á entender en términos muy claros por boca de su profeta. Si te remontares como águila, dice (3), y si pusieres tu nido entre las estrellas, de allí te derribaré. Pero aquí se trata de un poder maternal que no puede recibir alteración, ni detrimento alguno, y de una obligación que no puede extinguirse ó apurarse ni por transcurso de tiempo, ni por exhibición de servicio. Por más que diéreis, siempre quedará que dar, y mientras el hijo sea hijo, la obligación

(1) Josué X.
(2) Salmo CXLIV.

(3) Abdi. IV.

rá en pie, y mientras la madre sea madre, será mantenida en el goce de este derecho.

III. Dad vuelo á vuestro entendimiento cuanto queráis, y ved si puede formar un diseño de alguna grandeza que se aproxime á esta. «Es una dignidad, dice S. Agustín (1), que sobrepuja toda la grandeza de los ángeles, en cuanto es cosa más excelente ser la madre del príncipe que un simple siervo suyo. Pensad cuanto queráis de esos espíritus bienaventurados: realizad cuanto os acomode su mérito y honor, con tal que os acordeis de que al cabo siempre son siervos y la madre es madre, es decir, ensalzada sobre ellos más de lo que podeis imaginar, pues su criador y señor le debe honor y respeto.»

IV. Para confesarlo me parece que no se necesita otra cosa sino reconocerla por madre de Dios, verdadera madre no solo del hombre, sino de Dios. Esta es una verdad indudable en la creencia católica, autorizada por la sagrada escritura, atestada por los santos padres y recibida por comun consentimiento de toda la iglesia. El arcángel S. Gabriel se lo asegura á nuestra señora de parte de Dios, diciéndole: El santo que nacerá de tí, será llamado hijo de Dios (2). «Supuesto que el que ha nacido de la Virgen, es rey, señor y Dios juntamente, dice muy bien S. Atanasio (3), ¿por qué no hemos de dar á su madre el nombre y categoría de reina, señora y madre de Dios?» S. Epifanio lo persuade de esta suerte (4): «Tú eres madre de Dios, pues que pariste al Verbo encarnado: tú eres madre de Dios, pues que llevaste á nuestro Dios vestido con el traje de siervo: tú eres madre de Dios, pues concebiste al primogénito de Dios. Tu hijo no

(1) Lib. 3 de Symb. ad ca-
tech.

(2) Luc. I.

TOMO II.

(3) Serm. de S. Deipara.
(4) Serm. de S. Deipara.

fue un Dios que empezaba á ser, sino el Dios eterno, el que era antes que tú fueses y antes de todos los siglos. » No se necesita mas para rendir nuestros entendimientos, porque sentado este principio de nuestra creencia; que la Virgen es la verdadera madre de Dios por naturaleza, necesariamente hay que inferir que tiene poder sobre él. Hablo de un poder verdadero y legitimo, fundado en la naturaleza, ordenado por Dios y reconocido por ese mismo hijo, que habiendo venido no á destruir la ley, sino á cumplirla, no á trastornar la naturaleza, sino á perfeccionarla por medio de su gracia, debia como autor de la naturaleza y de la gracia dar peso y autoridad en su propia persona al derecho de los padres sobre sus hijos segun la observacion de Metodio (1).

V. Y repárese lo que añade este antiguo y grave doctor: que el hijo de Dios no solo se sometió voluntariamente á ese poder maternal, sino que quiso sobrepujar en este punto á todos los otros hijos. Lo mismo enseña S. Ildefonso; pero á mi parecer con una gracia particular, porque dice (2) que esta fué invencion de la bondad y de la omnipotencia de Dios, que se convinieron en hacer que el hijo de Dios y el criador de todas las cosas fuese tambien hijo de una madre criada por el mismo, y que el grande entre los grandes quedase por nacimiento sujeto á una sierva, que era su criatura por naturaleza; de suerte que la sierva tiene á Dios mismo por súbdito, y el Dios de la majestad reconoce á la sierva por su señora y superiora. Invencion excelentísima, que dió medio de abatir las cosas divinas y levantar las mas bajas hasta el ápice mas alto de grandeza. Pero me parece que me afano en vano, pues tenemos la clara verdad del Evangelio, el cual nos sugiere en pocas palabras argumento para

(1) Orat. de Purific.

(2) De virgin. B. Mariæ, c. 8.

eternas consideraciones. Estaba sujeto á ellos, esto es, á María y á José, dice S. Lucas (1) observando muy oportunamente que no solo les tributaba completísima obediencia, sino que esta procedia de la verdadera y legitima obligacion de Jesus y de la potestad reciproca, especialmente de la madre, á quien estaba sujeto.

VI. ¿Quién me dará ahora palabras para expresar mi pasmo y dar á conocer cuál es mas glorioso y admirable, si un Dios que se sujeta á su madre, ó una madre que le manda con potestad y autoridad? ¡Oh quién hubiera tenido la dicha de ver con qué respeto y anonadamiento de sí misma mandaba la Virgen á su Dios, y con qué alegría obedecia el rey del cielo á su sierva! ¡Oh quién hubiera visto el paraiso en la tierra y la vida de aquella sacra familia! ¡Quién hubiera visto á José mandando á María y á María obedeciéndole lo mismo que á Dios, á María mandando á Jesus y á Jesus obedeciendo como un Dios, es decir, con una humildad, una magnanimidad y una perseverancia que tenian absorto al cielo y á la tierra! Digo perseverancia, porque le tributó este deber hasta la muerte y aun despues de la muerte, así como á su eterno padre. Esta observacion hace Arnulfo de Chartres, el cual dice que estando para espirar el hijo de Dios encomendó expresamente su bendita madre á S. Juan, porque como no podia ya servirla y obedecerla en su persona, deseó hacerlo á lo menos por sustituto y cumplir con ella por medio de aquel discipulo suyo, como debia cumplir un buen hijo con semejante madre (2). Sobre esto hace san Ambrosio una reflexion digna de su ingenio, diciendo

(1) Luc. II. S. Bernard., serm. 2 in Missus. Obligaciones
(2) Adicion de la madre Maria Jacoba de Blemur. «Le escogió porque era el amigo mas fiel que tenia sobre la tierra, un hombre tan santo y tan exento de toda mancha, de una vida tan celestial, de un corazon tan puro, adornado de tal castidad y

que S. Juan solo fué el que como interesado en este hecho nos dejó por escrito la última disposición del Salvador, porque estimaba mas, dice el insigne doctor, que el que era vencedor de los tormentos y del demonio se acordase de lo que debía á la madre, que oír que prometia el reino del cielo al buen ladrón. Con efecto si fué obra de una alma santa perdonar á este, mucho mas lo fué cumplir con su madre en semejante trance. Parece que debo de concluir aquí con estas palabras del glorioso S. Pedro Damiano: «Enmudezca toda criatura: tiemble con la consideración de tal maravilla; no se atreva á levantar los ojos para contemplar un poder tan inmenso y una dignidad tan eminente (1).»

TERCERA ESTRELLA

ó grandeza de la corona de poder de la madre de Dios.

CAPITULO IV.

QUE FUE LA NODRIZA Y EL AYA DEL VERBO DIVINO.

Es una cosa tan importante la crianza y educación de los reyes, que el filósofo Platon recopilando las costumbres mas loables observadas antiguamente en la corte de

tan perfecto en el amor divino, que no podía Jesus encomendar á nadie mejor aquella paloma sin mancha, aquella mansa oveja, aquella víctima inmaculada,

aquella con quien no puede ser comparado ninguno entre los hombres, aquella que es ensalzada sobre todas las criaturas.»

(1) In cap. XXIII Luc.»

los persas pone entre la primera y mas notable el cuidado que tenían de dar á los hijos de sus reyes, y especialmente al que habia de suceder en la corona, nodrizas elegidas entre las princesas del reino y adornadas de singulares prendas (1). Y si la razón enseña que nunca es bastante todo el cuidado y vigilancia para educar bien á un hombre que ha de gobernar á los demás con soberana potestad, y si los hombres con su escasa prudencia han puesto tanta diligencia en esto; ¿qué calidades habrán de buscarse en la nodriza y aya de Dios? ¿Y qué habremos de presumir de la infinita providencia del Padre eterno y del amor que manifestó á su unigénito hijo en esta parte? Aun cuando no tuviéramos otro motivo para formar en nuestra mente un alto concepto de las grandezas de la Virgen, me parece que sería mas que suficiente para colegir en virtud de la elección que Dios hizo de ella con preferencia á todas, que fué la mas completa de cuantas han existido en toda suerte de perfecciones. Pero entremos en materia, y espero que el contexto de este discurso obligará á confesarlo así.

(1) Adición de la madre *Maria Jacoba de Blemur*.—«Salomon nos da una idea muy adecuada á nuestro intento cuando dice: Yo era hijo de un padre que me educó, y de una madre que me crió tiernamente como si hubiera sido yo su único hijo. Él me enseñaba y me decía: *Reciba tu corazón mis palabras; guarda mis preceptos, y vivirás*. Salomon era amado con predilección de David, á quien debía de suceder en el primer trono del mundo, y atesta que el rey su padre tenía particularísimo cuidado de en-

señarle él mismo para hacerle digno de la elevada categoría á que le habia destinado Dios por su nacimiento y aun mas por una elección particular, prefiriéndole á todos sus hermanos. Él me enseñaba, dice, y queria que yo aprendiese á obedecer á Dios y oír la razón antes de mandar á los hombres. Esto nos enseña que el verdadero amor de los padres consiste en proporcionar á sus hijos una excelente educación, que sea como una segunda naturaleza.»